

Por el Profesor de Medicina Legal y Deontología, de la Universidad Central, —

X Sr. Dr. Dn. Antonio J. Bastidas —

Deontología Universitaria =

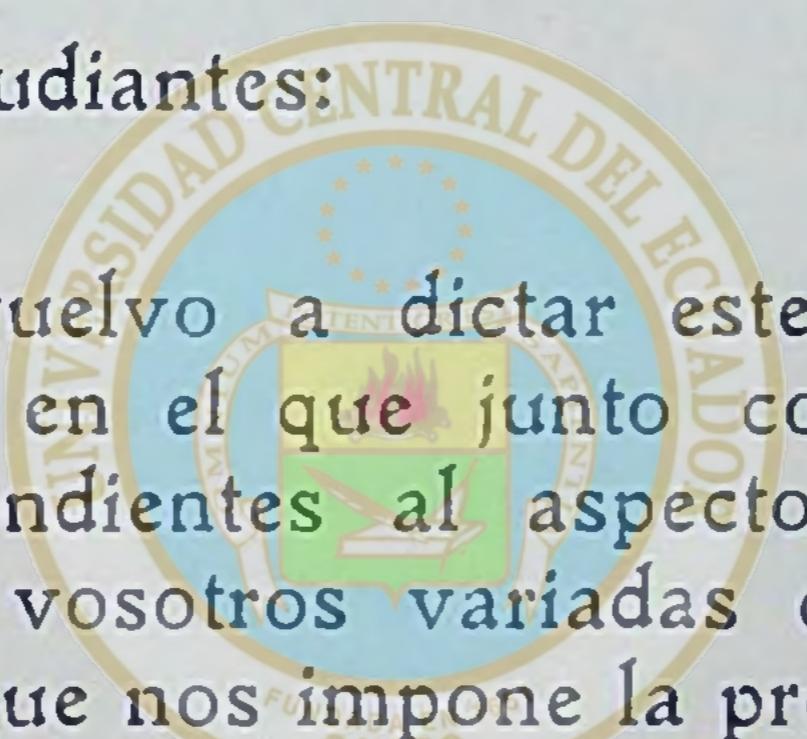


ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(Fragmentos de la Conferencia del 25 de octubre de 1932, al iniciar el Curso de Medicina Legal y Deontología) —

Deontología universitaria

Señores estudiantes:



Una vez más vuelvo a dictar este curso de Medicina Legal y Deontología en el que junto con el aprendizaje de las materias correspondientes al aspecto técnico, debo también desarrollar ante vosotros variadas cuestiones de orden ético; de los deberes que nos impone la profesión médica y de los derechos que nos asisten - Deontología y Diceología; en una palabra, espíritu médico, para que aprendamos a cultivar la consideración y el respeto de todos cuantos en las amarguras del dolor físico o moral, acuden a nosotros no sólo para aliviar sus males sino también para recibir el consuelo franco y sincero, noble y leal, que debe caracterizar el procedimiento de todo médico decente, que aspire con derecho al aprecio de sus semejantes. El campo de nuestras actividades es el más propicio para el bien y una cátedra como ésta, no puede olvidar de hablar a los jóvenes alumnos de su formación moral, base incombustible de actuaciones futuras que deberían siempre justificar las palabras de Descartes: «Si es posible encontrar medio para hacer a los hombres en general más sensatos y más hábiles de lo que hasta ahora han sido, creo que es en la medicina donde hay que buscarlo».

Muy poco sería que me limitara a deciros que la Medicina Legal, es la ciencia del médico aplicada a los fines del Derecho; que sirve para aconsejar e ilustrar a la administración de justicia, ya que por la eficacia de sus conceptos, el

Juez, aprecia en su verdadero valor, ciertos hechos no comprendidos por él, por ajenos a su competencia. No puedo olvidar el inaplazable aspecto deontológico de esta cátedra y limitarme sólo a que conozcáis los diversos fenómenos tanatológicos, sexuales, traumatológicos o de criminología y Psiquiatría forense; estos capítulos, de gran valía en el desarrollo cultural del médico, encontrarán, está claro, su sitio destacado en el programa escolar, hoy más que nunca garantizado en su eficiencia, por el inteligente concurso de mis colaboradores doctores Montero Carrión y Bolaños Alava. Pero ante todo me interesa la formación de vuestro espíritu médico, la gimnasia de la moral profesional vencida por el moderno mercantilismo avasallador y por lo que la consideración mutua, el respeto, la serenidad y la justicia, van tan a la zaga. Vosotros todos podéis ser grandes sabios, magníficos peritos legistas, profesionales de consulta, pero nada representa la vanidad de vuestra ciencia, si sois menguados caballeros y bandoleros de la explotación y del embuste; y a modelar una conducta irreprochable y una acción pura y honrada, debe dirigirse especialmente esta cátedra de Medicina Legal y Deontología Médica.

Mis palabras no son la particularización de nadie ni de nada; son simples observaciones que brotaron en varios años de profesorado y que en forma general, debo exponerlas ante vosotros, para que mirando los escollos, tratéis de evitarlos.

No son maestros los que ponen la adulación a vuestros pies; precisa una genuflexión dilatada para tender la lisonja, y los hombres de bien, no saben de esa postura mendicante; maestros son los que os dicen la verdad, señalan vuestros defectos, vuestra arrogancia infantil, vuestra fatuidad de señores extremistas de innumeros sectores; y cauterizan aquellas pequeñas vanidades de científicos indiscutibles, de políticos experimentados y de modificadores implacables de todo lo creado. Son esos defectos de la juventud actual que vive la revolución del mundo y carece de precisión y disciplina, que es necesario corregirlos. Y debo repetir, de disciplina, aquella fuerza consciente y metódica que apaña nuestros propios males, que nos sitúa en un plano de verdad y nos enseña a respetar al vecino, a tolerar las inconveniencias y a discutir serenos nuestro propio valor frente al valor ajeno; aquel rigor mental que enfoca seriamente todos los problemas, dejando de

lado las declamaciones insustanciales, sustituyéndolas con un criterio razonado de precisión y no de sensiblería. La disciplina no es, pues, el obedecimiento inconsciente o irrestricto, factor mecánico de la acción, no; aquello sería un defecto edacativo insopportable, propio del magister dixit o del dictador intelectual, pasados ya a la historia; hoy, se impone una forma disciplinaria que nos enseñe la auto-crítica tranquila, la eficiencia de trabajo, el análisis sereno y constructivo hecho a base de ideas y no de palabras ampulosas. Bien está la reforma universitaria, su autonomía, la conciencia de clase estudiantil con todos sus derechos, pero también con sus deberes, deberes de respeto, de disciplina, de solidaridad, de justicia para la obra realizada por los demás y que representa el esfuerzo de una vida fecunda de auténticos valores. Porque, señores, en nuestra crisis de la acción, en medio de un verbalismo turbulento y destructivo, la obra realizada, buena o mala, acusa por lo menos una reacción contra esta abulia endémica del vivir nacional, en la que sólo se hace filigranas de inteligencia agresiva, olvidando la fructífera acción del criterio sereno que neutraliza ese afán petulante de mirar la superficie sin ir al fondo de las cosas y tratando sólo de destruirlo todo. Pero antes de toda destrucción, antes de esta enfermedad aguda de la reforma, hemos pensado acaso en la reforma y construcción de nuestra propia intimidad? Pensadlo bien, señores, puesto que es el hombre de lineamientos morales definidos el que hace y reforma los sistemas.

Y como al reformar sistemas, rectificar intimidades y delinear actitudes, precisa un conocimiento exacto de nosotros mismos, permitidme que señale otra deficiencia más de vuestro vivir estudiantil. Sois muy poco estudiantes, señores y amigos; efectuáis un deporte que os permite aprobar asignaturas, criticar a vuestros maestros, saturaros de vanidad científica y por fin, encontrar una situación burocrática o algo parecido que os permita alguna comodidad económica. Qué diría de vosotros la adorable Mimi, compañera cariñosa de inauditas pobrezas y de sana y cascabeante alegría? La Universidad es secundaria, estudias para recordar y no para formar conceptos, sin hacer sustancia propia de vuestra labor intelectual. El estudio serio, la investigación prolífica, el trabajo práctico efectuado con el placer de elaborar la propia ciencia, van de capa caída. Esperáis todo del esfuerzo del profesor, olvidando que sólo es un despertador de inquietudes

científicas, un orientador de los estudios que deben formar vuestra sólida personalidad. Y en fin de fines, como el curso tiene sus formalidades, éstas van a llenarse con solicitudes de todas las dispensas, con violencias, con absurdas condescendencias que os enseñan desde adolescentes el éxito del palanqueo, el triunfo de la insinceridad y más métodos de viveza, siempre reprobables, porque así no podemos ser honrados con nosotros mismos y llegaremos al fin, a la concurrencia desleal, al fracaso—ese fracaso del 65 % de los alumnos egresados de la Universidad— al desaliento, a la envidia, antecámara de los roedores del prestigio ajeno, tan magistralmente descritos por José Ingenieros. Y entonces sí, la Universidad es no sólo la fábrica de proletarios de título académico, sino algo más desconsolador todavía, de proletarios de la moral y de la hombria de bien y no precisamente por culpa de la docencia tan vilependiada, sino de la materia prima que no tiene la conciencia de su responsabilidad ante la vida, asunto éste mucho más serio que la simple crítica negativa o insolente o la sonrisa apacible de los maestros bondadosos que buscan el cariño de los estudiantes en fuerza de su incapacidad de conquistar la simple y alta consideración. Bien entendido que existen excepciones, pero meditad todos en las fallas que os señalo y pienso que me daréis la razón a poco que en una introspección leal y sincera, veáis como yo vi en mi vida estudiantil, esta realidad estéril de la suficiencia combativa que pretende poner vallas entre profesores y alumnos, todo inseparable de la confraternidad científica. Os señalo el peligro porque creo que es actitud cobarde la de la incauta aveSTRUZ, que se despeña imprudente con la asustada cabeza entre sus alas.

También habláis mucho contra la enseñanza teórica y libresca, y sólo os interesa ver casos o hacer práctica, olvidando así de elevar el pensamiento del simple dato objetivo a la inducción, la deducción, la síntesis y el análisis, procesos de alta filosofía pedagógica que hacen la verdadera labor mental. Con sólo los hechos físicos concretos se puede llegar a enfermeros de reconocida habilidad, pero el médico culto no puede olvidar el bagaje científico de varias generaciones que se conservan en los libros despreciados, en las teorías fecundas que abrieron el camino de la práctica modesta, que hoy nos fascina como una finalidad, queriendo convertir en luz lo que sólo es el reflejo del genio creador. Pasteur, admira-

ble frente a un entrenado sembrador de cultivos; Leibnitz y su cálculo infinitesimal ante un modesto practicante de la Ingeniería. Sólo que para un estudio útil de los libros, precisa ejercitarse un esfuerzo; esfuerzo de selección y de seria crítica; hacer como ya os dije, nuestra propia sustancia depurada de ajenas influencias, y a través de una síntesis cuidadosa de los estudios que efectuamos. Así y sólo así, llegaremos no al simple *recuerdo*, archivo memorista insustancial, sino al *concepto*, que es nuestro propio saber cristalizado por el trabajo de la mente libre de prejuicios. Y en este punto no puedo sustraerme a recordar las enseñanzas del gran pedagogo y filósofo Uruguayo Vaz Ferreira, escritas en su «*Lógia Viva*»: «No hay que prestar confianza ciega —dice— a las teorías o sistemas. Si tal hacemos, nos volveremos incapaces no ya de razonar, sino hasta de observar la realidad, por evidente que se presente a nuestros ojos. No hay que esclavizarse pensando por sistemas, sino que hay que permanecer libres pensando por «ideas» para tenerlas presentes cuando llegue el momento de obrar». Y estos procesos, como véis, señores, exigen algo más que la mecánica de la simple visión o del recuerdo; exigen disciplina, esfuerzo, meditación, y cuando creamos que algo sabemos en verdad, pensemos también con Araoz Alfaro, «sacando la cabeza del círculo estrecho de ^{ÁREA HISTÓRICA} nuestra experiencia para mirando lejos ver lo que hacen los demás; nos maravillaremos a menudo, perdiendo la suficiencia y la jactancia».

Oigo hablar con frecuencia entre los jóvenes estudiantes de independencia y rebeldía y me complace deciros que sin ellas la juventud no existe. Sólo que debemos situarnos en un plano de verdadera comprensión de estas dos modalidades de la independencia personal. Así como la incultura y la agresividad selvática no son, no pueden ser el carácter, así también la pasión desenfrenada, la sinrazón demoledora, la injusticia o la algadara motinera, no podemos aceptarlas como rebeldía de la juventud; será sólo defecto de una educación deficiente o malsana, pero en todo caso, incapaz de algo útil. Y como debe ser ilustrado, al igual de cualquier conferencista que se estima, es de ritual que os diga algo del Profesor Ma-rañón, dejándoles tranquilos a Ortega y Gasset, Gines de los Ríos, Leopoldo Alas, Marcelino Domingo y más próceres a la sombra de los cuales se cultiva la simulación del saber con ribetes de exuberante *pantorilla*.

Oíd lo que nos dice Marañón en su precioso estudio sobre «Los deberes de las edades»: «A muchos sorprenderá, tal vez encandalizará que consideremos la rebeldía como un deber. Lo cual equivale a considerarla como una virtud, ya que virtud no es sino el cumplimiento del deber por encima de las conveniencias personales. Cuando un sér no tiene obstáculos en la vida, ya decía Santo Tomás que es necio llamarle virtuoso por bueno que sea. La virtud auténtica, sólo nace como la chispa del eslabón al choque del deber con una fuerza que se le opone. Y en estas condiciones, cuando la rebeldía espontánea cargada de sentido natural que emana de la juventud como su perfume, tropieza con el obstáculo del ambiente y no se extingue, sino que se encabrita y se yergue, entonces, no lo dudéis, la rebeldía es una virtud», y luego añade: «La juventud es la época en que la personalidad se construye sobre moldes inmutables. Y es además, la única ocasión en que esto puede realizarse. Toda la vida seremos lo que seamos capaces de ser desde jóvenes. Podrá llenarse o no de contenido eficaz el vaso cincelado en estos años de la santa rebeldía; podrá llenarse pronto o tardíamente; pero el límite de nuestra eficacia está para siempre señalado, por condiciones orgánicas inmodificables, cuando llegamos al alto de la cuesta juvenil y entramos en la planicie de la madurez».

ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

A estas bellas palabras quisiera agregar: sed rebeldes, jóvenes estudiantes, pero con la sana rebeldía que neutraliza nuestras pasiones y defectos, que domina las ambiciones bastardas del propio yo, que nos pule y perfecciona para hacernos más aptos para cumplir nuestros deberes en la vida. Tengamos la fiera rebeldía del bravo timonel que expone su pecho valeroso a la ciega turbulencia de las olas y las domina, teniendo por norte la blancura apacible de una playa acogedora y no el afán funesto del cavernario indomable que aniquila y mata en fuerza de su instinto destructor.

Estamos en una época de reconstrucción y la crítica, que salga de nuestros labios, sabiendo con precisión qué es lo que queremos y a donde vamos; observadora y justa, será de fructíferos resultados; antes que un afán destructivo, hagamos un proceso rozonado de nuestras propias necesidades sin dejarnos guiar simplemente por el fuego de la contradicción y el aniquilamiento.

Así sí, por ejemplo desde una alta tribuna y tras una crítica acerba, hemos oido proclamar la necesidad de la Universidad *profesionalista*, en contra de toda la organización actual, lo cual nos da la impresión de lo poco que se profundizan estos problemas de la enseñanza; ser buenos médicos, buenos abogados, impecables ingenieros, y nada más, señores; el cerebro reducido a los límites del laboratorio o a la sala de hospital; la ciencia residiendo en los instrumentos y no en la inteligencia; la medicina, puro arte de recetar, y no ciencia con inmensos horizontes que sólo los domina el genio. Y no es que sea un aferrado defensor de la Universidad *investigadora*, pero tenemos que dejarle su libre campo de acción, pese a los reformadores todos, para no transformala en pobres escuelas de empirismo sin amplio campo de educación y de instrucción. Por eso la Universidad alemana, formada en los lineamientos de la ciencia pura, ha dado sus normas a las escuelas de Francia, de Inglaterra, de Estados Unidos, profesionalistas las primeras y de tipo esencialmente económico las segundas.

Oxford y Cambridge, Paris y Philadelphia, comprenden el problema, mayor que el de la simple técnica, y transforman sus viejos métodos con una orientación nueva: observar, interpretar, explorar y sus profesores no son sólo los instructores de un oficio, sino maestros impregnados de un ideal científico y de vasta cultura *histórica* general. Y todavía más, en nuestro medio incipiente, cómo vamos a contentarnos con sólo la farmación profesional, cuando es campo de la Universidad el estudio de nuestros problemas sociales, económicos, políticos, higiénicos, etc., y es de la Universidad, como de un raudal luminoso, de donde deben salir las corrientes ideológicas que cimenten la nueva nacionalidad?

Voy a terminar, señores, invitando a los jóvenes alumnos, a que mediten sobre los puntos que hemos tocado ligeramente hoy; acaso sean discutibles mis conceptos o erradas mis opiniones, pero en todo caso estoy listo a la rectificación, pues creo en la fecundidad de la ignorancia consciente y sé que desde Platon, no se ha definido mejor la ciencia que como un docto ignorar.